

a la plácida vida, de la monotonía de la naturaleza con el alma, aspiró una tristeza serena que es el fondo sobre el cual ondean las fantasías sonrientes entre lágrimas, de su juventud, el fondo del cual surge el pensamiento melancólico y elevado de su virilidad. Aquí, frescas aguas; aquí, tiernos prados; aquí deseaba pasar toda la vida con vosotros. Pero no. Gritó el soldado impetuoso, rompiendo con áspera voz el ensueño del poeta:—Fuera de aquí, colonos.—Y en las *Eglogas* aquel Melibeo que emigra, aquel Tíro que se inmobiliza contemplando las ruinas del campo, aquellas frases compasivas de los siervos y de los obreros, son la voz de la vieja Italia; la voz de todos los trabajadores mal interpretada por la espada de los veteranos de César; la última queja de las tribus arrancadas del suelo de la patria por la centralizadora restauración de Sila. La vieja Italia había fijado, en el derecho y en la religión, la propiedad del suelo y, con ella, la producción, la riqueza, la libertad. La aristocracia romana y la revolución militar arrancaron al dios Término. La república se ha hundido. «*Barbarus has segetes?*» llega a ser en los siglos el grito de la mísera Italia.

Virgilio, de la prudencia de los nuevos dominadores, obtuvo después recompensa de los daños: cambió las nieblas mantuanas y la pequeña heredad por los esplendores de Posílipo y de Baia y por el campo de Nola. Pero de aquella inicua transformación de la fortuna paterna, de aquella violenta perturbación de sus ensueños juveniles, la magnífica alma suya, respetuosa del derecho y amante de la tranquilidad, se sintió influenciada en modo tal que adquirió la costumbre de la natural melancolía; pero, aún llegado a la madura potencia del arte suyo, él reproducirá siempre, con la fantasía del recuerdo, los grandes paisajes tranquilos de la llanura nativa bajo el velo de una cándida neblina que nada sombría es.

3.—Y sin embargo, de esta alma tan temprano ofendida por las luchas de la vida se diría que por la misma herida absorbe la gran frescura de la esperanza, mejor aún, de la fe en una felicidad prometida al género humano, en una edad de oro que aún debe vivirse en este planeta. Por lo que el bardo, o persuadido por las tradiciones etruscas del año mil, o inspirado en un eco de sentimientos mesiánicos que llegaban de Oriente, entre el tumulto aún vivo de las luchas civiles, exclamaba:

Aspice venturo laetentur ut omnia saeclo.

Y el primer paso hacia aquella leticia futura, le parece que es la pacificación de Italia en la restauración de la agricultura; de ahí el poema de tan cívico carácter: las *Geórgicas*.

Los vencedores, después de haber repartido Italia entre los veteranos, se dieron cuenta de haber preparado el desierto: y Mecenas al labrador de Mantua, pudo aconsejarle que con la poesía despertara el amor a la agricultura, fuerza poderosa en otros tiempos, de Italia y de Roma, en los pueblos que de los campos ya cansados se alejaron a causa de las guerras victoriosas; que reconciliara, en el amor al trabajo, a los nuevos propietarios, los veteranos, con los antiguos colonos. Pero la inspiración del poema está más lejos, más alto es el pensamiento. Es el ideal de los republicanos de parte plebeya. Los Gracos deseaban con la ley agraria, distraer al pueblo de los ocios turbulentos del foro y llevarlo hacia las labores generosas del campo, querían con las rústicas virtudes salvarlo de los daños de las suavidades orientales, deseaba-

Dádiva virgiliana

(A Mariano Silva y Aceves)

*Tú que con áurea dilección procuras
en español del pueblo mexicano
las imágenes dar y las figuras
que diseñó Virgilio con su mano;*

*y examinas las nuevas vestiduras
que a las Geórgicas puso tu paisano
el árcaico Pagaza, que en las puras
fuentes bebió del cisne mantüano:*

*apresúrate y muestra ese tesoro
y dalo pronto a relucir y dalo
al editor a que lo imprima en oro;*

*dárselo con los labios en la avena,
y, a ser posible, llévale un regalo
de queso y miel para la parva cena.*

Rafael Heliodoro Valle

México, D. F., octubre 1930.

(Envío del autor)

ban, en fin, hacer italiana a Roma para salvar la República. Virgilio deseó lo mismo para elevar a Italia y reconciliarla con Roma que iba personificándose en el imperio. El viejecito Coricio, labrador feliz de un rincón de tierra, es la condena de los latifundios que perdieron a Italia. Y si en el motivo político el poeta de César se inspira en los Gracos, en la idea moral y humana que da de la agricultura, ¡cuánto no se adelanta al aristocrático agricultor Catón! «*Divina gloria ruris*» es un sentimiento desconocido de los dueños de los grandes campos, es una expresión nueva en la antigua poesía. Para Catón la tierra era el instrumento de riqueza: para Virgilio es la madre piadosa de los hombres iguales:

Fundit humo facilem victum iustissima tellus.

Y las labores del campo se ven santificadas por la religión de la patria, como obra social.

¡Admirable poesía! y más aún cuando, en tan grande nobleza de principios y en tan grande perfección de formas, la ingenua bondad del campesino brota en la ternura con la que el poeta canta las bellezas y los sufrimientos de los animales. En la descripción de la epizootia, en aquellos terneros que mueren en grupo por las felices campiñas

Et dulces animas plena ad praesepia reddunt,

en aquel labrador que se aleja, triste con la cabeza baja

Moerentem abiungens fraterna morte iuvenum,

brotan a raudales las lágrimas del gran poeta campestre. Es él, el pastor de sus églogas que lleva abrazada por el duro sendero del destierro, la cabrilla recién parida, como José Garibaldi conducía, dándole calor con su cuerpo, hacia la gloriosa cabaña de Caprera al perdido corderillo. Oh bondad sencilla, adorno y complemento supremo de toda grandeza!

4.—De los campos al Capitolio, de Italia al Imperio!

El voto del mundo romano, al librarse de las guerras civiles, la paz en la grandeza, tomó forma épica en el más bello poema literario de las gentes latinas. Cuando la fuerza ha destruido las tablas de la ley y la licencia de las espadas enloquece, por la salud de la patria la mayoría se ve obligada a invocar o a aceptar a un «enviado de Dios» o a un «hombre providencial», es decir, un dictador, no; un déspota. Así cuando Octaviano se convierte en Augusto, Virgilio ve de nuevo en él, con la fantasía del amor, al hermoso joven que le

había devuelto su rincón de tierra, y por él, pide a los dioses:

*Hunc saltem eveerso iuvenem succurrere saeclo
Ne prohibete.*

El poeta de Augusto ensalza la monarquía como la consagración de la voluntad de los dioses; pero el poeta de Italia canta el reino de los antiguos tiempos civilmente renovado por la aceptación de los pueblos, y con las leyendas dinásticas entretiene las tradiciones y las historias itálicas y romanas conciliando, en el supremo período de la civilización antigua, la república con el imperio, la madre Italia con Roma, la soberana del mundo. En lo que resplandece otra virtud, maravillosa en este espíritu solitario y campestre, la inteligencia política, que desde entonces ha de diferenciar a la poesía latina de la griega: él comprende y hace comprender la prosperidad y la constitución de la patria romana y el genio de la gente de toga con una amplia y más que histórica intuición, adelantándose, como poeta y como gran poeta, a Maquiavelo y a Montesquieu.

Y—lo que los modernos ya no saben hacer—él anima la historia: la historia y la antigüedad con fantástica poesía. Ningún épico, ningún historiador antiguo ha sido más arqueólogo que Virgilio: en la poesía virgiliana surgen de los montes, de los collados, de los ríos, los antiguos dioses de la patria; de las ruinas de las ciudades desaparecidas, se levantan los pueblos aniquilados para cantar los propios orígenes divinos y las instituciones civiles y los cultos de los padres y la fuerza de las armas: Arcadios, Etruscos, Latinos, Sabinos, se mezclan en el lugar más glorioso del mundo, en las colinas y en los campos en donde, más tarde, creció Roma. Con eso él es el gran patriota épico: cuando murieron Eurialo y Niso, olvidándose de que los dos jóvenes héroes eran creaturas de su noble espíritu, el poeta, con fogosidad ciudadana, invade la epopeya; glorificando el sacrificio y en el sacrificio de los individuos fundando la eternidad de las instituciones, exclama:—¡Felices ambos! Si algún valor tienen mis cantos, nunca os arrancarán de la memoria de los tiempos mientras los descendientes de Eneas habiten la permanente roca del Capitolio y mientras el padre de la patria romana domine el imperio.

En medio de tanta gloria, intérprete ante el mundo de los destinos del imperio, Virgilio fué siempre como había sido joven agricultor en en las riberas del Mincio: había conservado de los primeros años y de las costumbres de los campos la tez morena bronceada y un cierto aspecto momentáneo de embarazo y de inadaptación. Y sin embargo, una de las raras veces que del secreto retiro de la Campania o de Sicilia vino a Roma, al entrar en un teatro, con sus largos cabellos de campesino, con su rubor de virgen, el pueblo todo, puesto de pie, saludó con prolongadas aclamaciones al poeta. Inconsciente el pueblo rendía justicia a un sobreviviente de aquellas gentiles razas agrícolas italianas que habían consumado y destruido la tiranía del senado y la revolución militar cuando aquel reivindicador campesino reunía en su alma de poeta a Roma, al imperio, al mundo.

La poesía de Virgilio fué adquiriendo gradualmente amplitud: de nacional, como el imperio, se transformó en universal; traspuso los límites del imperio. Las mujeres del poema son de otro mundo: Lavinia, la doucella; Andrómaca, la madre; Dido, la amante; Camila, la feliz y púdica luchadora; no tienen hermanas en la poesía antigua, excepto, talvez, en Sófocles. El pensa-